

El origen de la nueva etapa democrática argentina: una evaluación en su 40 aniversario. Su naturaleza dependiente y su carácter pendular

*The origin of the new Argentine democratic stage: an
evaluation on its 40th anniversary. Its dependent
nature and pendulous character*

José Miguel Amiune*

Sujeto a la clave de bóveda el péndulo oscila. Va y viene. Carece de sincronía, no tiene un tiempo preciso. El intervalo de tiempo entre cada extremo no es uniforme, como el que hubiera observado Galileo. La historia de nuestro país es un péndulo irregular, a veces vuelve pronto, en otras demora más. Al igual que el que se colgó en la Torre de Pisa, se mueve, pero no se desplaza. Porque va y viene durante décadas pensamos que vamos hacia algún lugar, que la Argentina no está atada a la triste labor de moverse, sin cambiar. (Caputo, 2015, p. 11).

RESUMEN

Este artículo pretende mostrar la imposibilidad de hacer compatible la consolidación de la democracia con el establecimiento de sistemas económicos, como el neoliberalismo, que acentúan las desigualdades, promueven la exclusión social y fomentan la marginación política. Para ello, analiza el caso de Argentina al cumplir 40 años de vigencia de la democracia. Se procura demostrar la paradoja de adoptar, simultáneamente, las recetas del llamado *Consenso de Washington* junto al restablecimiento de las libertades civiles y políticas, en medio del sobreendeudamiento externo y del deterioro del aparato productivo y la inversión, heredados de la dictadura. En suma, la extraña combinación de estancamiento económico y libertades políticas, común a las *democracias pobres* de América Latina. Del gobierno de Raúl Alfonsín al actual de Javier Milei, han transcurrido cuatro décadas y varias

* Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Universidad Nacional del Litoral y Master en Relaciones Internacionales por The Fletcher School of Law and Diplomacy, Tufts University. Miembro del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales y de la Cátedra Abierta Plan Fénix..

administraciones, bajo una dinámica pendular: la prevalencia del Estado o del mercado en la orientación de la política y la economía. Con foco en el análisis del escenario internacional y regional en que se desarrolló el primer gobierno de esta etapa democrática de la Argentina, y al examinar los cambios que originaron la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS, desde 1989 hasta el presente, se comprueba un claro debilitamiento de los valores, los derechos y la justicia social, como elementos constitutivos de la democracia. La coalición que llevó al poder a Javier Milei, un *outsider* de la política, como Bolsonaro, Trump, Salvini, Orbán, Melloni, Kacynsky o Jeanine Añez, expresan ese debilitamiento y el peligro de que la democracia, vaciada de su contenido de desarrollo, justicia y libertad, se convierta en una forma sin sustancia, que encubra la hegemonía del mercado sobre la voluntad popular. Tanto para elegir los gobernantes como para gobernar.

Palabras clave: Argentina, democracia, Estado, mercado

ABSTRACT

This article aims to show the impossibility of compatibilizing consolidation of democracy with the establishment of economic systems, such as neoliberalism, that accentuate inequalities, promote social exclusion and foster political marginalization. To do this, it analyzes the case of Argentina as it celebrates 40 years of democracy. An attempt is made to demonstrate the paradox of simultaneously adopting the recipes of the so-called Washington Consensus along with the reestablishment of civil and political liberties, in the midst of external debt overhang and the deterioration of the productive apparatus and investment, inherited from the dictatorship. In short, the strange combination of economic stagnation and political freedoms, common to the poor democracies of Latin America. From the government of Raúl Alfonsín to the current one of Javier Milei, four decades and several administrations have passed, under a single pendulum dynamic: the prevalence of the State or the market in the orientation of politics and the economy. Focusing on the analysis of the international and regional scenario in which the first government of this democratic stage of Argentina developed and examining the changes that caused the fall of the Berlin Wall and the collapse of the USSR, from 1989 to the present, there is a clear weakening of values, rights and social justice, as constitutive elements of democracy. The coalition that brought Javier Milei to power, a political outsider, like Bolsonaro, Trump, Salvini, Orbán, Melloni, Kacynsky or Jeanine Añez, expresses this weakening and the danger that democracy, emptied of its development content, justice and freedom, becomes a form without substance, which hides the hegemony of the market over the popular will. Both to choose rulers as to govern.

Keywords: Argentina, democracy, State, market

Fecha de recepción: 20 de noviembre de 2023

Fecha de aceptación: 2 de diciembre de 2023

Introducción

Resulta necesario abordar un aspecto poco frecuentado en los análisis sobre los cuarenta años de la democracia argentina: su origen y la influencia del contexto internacional y regional, sobre la naturaleza dependiente y el carácter pendular de sus cambios.

Mediante esa contextualización este trabajo intenta demostrar la siguiente hipótesis: es imposible la coexistencia en el largo plazo de la democracia, con procesos económicos que acentúan las desigualdades, promueven la exclusión social y fomentan la marginación política.

Se adopta como base del análisis el gobierno del presidente Raúl Ricardo Alfonsín (1983-1989), por dos razones. La primera se justifica, porque realizó una transición fundamental, en los doscientos años de historia de la Argentina como nación independiente. Puso fin al proceso cíclico entre gobiernos electos democráticamente y dictaduras o golpes militares, que interrumpían y alteraban la institucionalidad constitucional. La segunda, porque fue el último presidente que tuvo que gobernar el país durante la vigencia la Guerra Fría librada entre Estados Unidos y la URSS (1947-1989).

Estos factores otorgan al período 1983-1989 cierta singularidad con respecto al período que acaba de cumplir cuarenta años el 10 de diciembre de 2023.

Las notas peculiares del origen de esa transición podrían enumerarse de la siguiente manera. En primer lugar, la soledad en que el gobierno de Alfonsín debió conducir la transición democrática, en una región totalmente regida por gobiernos militares que expresaban la geopolítica hemisférica de la *seguridad nacional*, impuesta por Estados Unidos. El objetivo era contrarrestar la estrategia soviético-cubana de exportar la revolución. En segundo término, el absoluto aislamiento en que había caído la Argentina luego de la derrota sufrida en Malvinas por el gobierno militar ante el Reino Unido de Margaret Thatcher. Esa condición de *paria internacional* incluyó a la OTAN, la Unión Europea y los Estados Unidos. Es decir, Occidente y buena parte del mundo. Tercero, el ascenso de la administración Reagan, respaldada por una opinión pública entusiasmada con revertir la imagen de decadencia que se había difundido sobre el gobierno de James Carter. Se trataba no solo de retomar la iniciativa y acorralar a los dirigentes del Kremlin, sino de restaurar el poder estadounidense en todos los campos, y hacerlo sentir, también, a sus aliados. Cuarto, el gobierno militar en retirada dejaba, además de esta condición de aislamiento regional y mundial, un fuerte condicionamiento económico, caracterizado por una significativa caída

del PBI y de la inversión, un aparato productivo y un sistema financiero fuertemente condicionados por el creciente endeudamiento externo, común a toda América Latina, que estalló en México en 1982, configurando un escenario que llevaría a calificar a los años 1980 como “la década perdida”. Quinto, esa extraña combinación de estancamiento económico, la expansión internacional de las teorías del neoliberalismo, producto de la convergencia en el poder de Reagan y Thatcher, con el resurgimiento de las libertades políticas, colocó en el primer plano del debate la cuestión de la *supervivencia* de lo que se dio en llamar “las democracias pobres de América Latina” (Ferrari Etcheberry, 2019).

En el caso de Argentina, el advenimiento de la democracia en 1983 la convertía en una *democracia pobre*, situada en una ínsula rodeada de regímenes militares autoritarios. Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú y Chile, por nombrar el entorno más cercano, continuaban bajo regímenes de facto que observaban con hostilidad y desconfianza el desarrollo de una experiencia democrática en el Cono Sur. Si a ello se agrega que el recrudecimiento del conflicto Este-Oeste se había trasladado, con enorme intensidad, al centro del continente americano, que involucraba a Nicaragua, El Salvador, Guatemala y por supuesto Cuba, el panorama para la joven democracia Argentina no era muy prometedor.

En medio de la perplejidad, la mayoría de los políticos pensaban en la democracia como si no existiera la pobreza y algunos economistas pensaban en la pobreza como si no existiera la democracia.

La política exterior de Raúl Alfonsín

En diciembre de 1983 los encargados de conducir la política exterior llegaron al Palacio San Martín con un objetivo muy preciso: recomponer la imagen externa del país y reubicarlo en la escena internacional. En el diseño de esa política, por lo menos en sus tramos iniciales, se destacaba la tendencia a enfocarla desde el ángulo de la consolidación del proceso de transición democrática.

La posición que el gobierno asumió frente a la crisis centroamericana fue un ejemplo elocuente de una diplomacia muy sensibilizada por las necesidades internas. La participación en el Grupo de Apoyo a Contadora se ajustaba a definiciones programáticas referidas a la solución pacífica de controversias, defensa del principio de no intervención e igualdad jurídica de los Estados; pero al mismo tiempo se justificaba en la necesidad de impedir una evolución del

conflicto que pusiera en un mal trance a los gobiernos democráticos. Como reconocía expresamente el canciller Caputo:

Nosotros nos acercamos al problema de América Central no sólo por una razón de solidaridad con los países hermanos, hay además motivos de interés nacional que nos llevan a una participación en los problemas de América Central, puesto que, si el conflicto armado viniera a instalarse en la región, sus efectos se propagarían a todo el continente. Desde México a Tierra del Fuego nuestras sociedades se verían conmovidas, polarizadas, radicalizadas. Y sociedades polarizadas y radicalizadas son un atractivo particular para el conflicto. (Caputo, 1986, 5).

Parecidas consideraciones estuvieron presentes en la resolución del conflicto secular con Chile sobre el tema del Beagle. A través de la consulta popular, el gobierno halló una fórmula que le permitía resolver varios problemas simultáneamente. Por un lado, desactivaba un foco de tensión que podía ser usado por sectores internos -empezando por los grupos más intolerantes de las fuerzas armadas-, para retener una cuota de poder o con propósitos desestabilizadores. Por otro lado, daba la imagen de una dirigencia racional y prudente que, además de predicar la solución pacífica de los diferendos, la ponía en práctica con verdadero coraje cívico.

Ello contribuía a su prestigio en el exterior, le otorgaba credibilidad a su intención de encarar de la misma forma la controversia sobre Malvinas, y le daba autoridad para sostener otras iniciativas, como aquellas vinculadas con la distensión y el desarme. Por fin, a través de una consulta no vinculante, el Gobierno *socializaba* la decisión, minimizaba los riesgos de una eventual crítica *nacionalista* capitalizada por los sectores más conservadores, y ofrecía un testimonio de su vocación democrática y participativa.

El retorno de Brasil (1985) al orden constitucional fue visto como una circunstancia muy propicia para la consolidación de la vida institucional argentina. La urgencia, para ambos gobiernos en desmontar viejas hipótesis de conflicto, buscaba transformar el tradicional esquema de confrontación geopolítica en una relación de cooperación. El tema de la deuda externa y sus repercusiones sobre la marcha de la democracia brindaba una plataforma para la apertura del proceso de integración, que comenzó a tomar forma a fines de 1985, cuando los presidentes Alfonsín y Sarney se entrevistaron en la Ciudad fronteriza de Iguazú. Revivían, en el encuentro fronterizo, los ecos de la histórica entrevista entre Frondizi y Quadros en Uruguayana, cuyos propósitos de promover el desarrollo común quedaron sepultados bajo

dos décadas de estériles confrontaciones entre ambos países, en torno al equilibrio del poder militar y la hegemonía regional.

Alfonsín y Sarney coincidían en los términos del diagnóstico sobre las dificultades por las que atravesaba la región en virtud de los complejos problemas derivados de la deuda externa, el incremento de las prácticas proteccionistas de los países centrales en el comercio internacional, el deterioro permanente de los términos del intercambio y el drenaje de divisas que los servicios de la deuda imponían a las economías latinoamericanas. Concordaban, además, en la urgente necesidad de que América Latina reforzara su poder de negociación con el resto del mundo, ampliando su autonomía de decisión y evitando que los países de la región permanecieran vulnerables a los efectos de políticas decididas sin su participación.

Más allá de las urgencias coyunturales, el nuevo rumbo adoptado por los dos grandes países del Cono Sur tomaba en consideración las transformaciones operadas en la economía mundial. La necesidad de ampliar los espacios económicos y la emergencia de un nuevo paradigma tecnológico-productivo, obligaban a reformular sus estrategias de desarrollo, y orientarlas hacia una inserción competitiva en el mercado mundial que les exigía a *sostenerse mutuamente*. A ello se agregaría la percepción de otras tendencias mundiales como el surgimiento de grandes bloques económicos.

Figuras como Helio Jaguaribe resumirían la necesidad de un eje estratégico Brasilia-Buenos Aires, en la necesidad de reemplazar el estéril juego de suma cero, en el que tradicionalmente se habían enfrascado ambos países, por otro de suma positiva que potenciara la cooperación entre ambos que, más que una suma, sería una multiplicación de efectos exponenciales (Jaguaribe, 1987, 4).

Otro tema presente en la agenda del Palacio San Martín en esos tiempos, fueron las cuestiones referidas a la paz y el desarme, que siempre ocuparon un lugar destacado en la tradición diplomática argentina. El tratado de 1902 con Chile o el Pacto Antibélico de Saavedra Lamas, eran algunos de los títulos históricos con los que habitualmente se respaldaba el derecho a opinar en esta materia. Perón intentó hacer de su iniciativa por la paz de 1974, un instrumento al servicio del propósito de reinserción internacional y la rehabilitación de la imagen del país. Frondizi e Illia pusieron énfasis en el tema y la representación argentina en la ONU siempre desempeñó un papel positivo en el Comité de Desarme. El Canciller Caputo no hacía más que continuar esa tradición cuando decía:

Aunque seamos ajenos a las mayores causas de las tensiones internacionales sabemos que sus efectos no nos dejarán de lado. Debemos, entonces, actuar como protagonistas en busca de la paz para no sufrir como víctimas de la guerra. No podemos evadirnos con el pretexto de que nuestra influencia es pequeña, así como resultaría inaceptable que quisieran excluirnos por ese motivo ... Por otro lado, no hay esfuerzos ni influencias pequeñas cuando se trata de defender la paz, como no las hay en defensa de la libertad y la prosperidad de los hombres y las naciones. (Caputo, 1986)

La carta europea de la diplomacia de Alfonsín estuvo representada inicialmente por un estrecho contacto con la Francia de Mitterrand, pero se corporizó en los convenios de asociación preferente con España e Italia. Esto puede explicarse por razones de historia, vínculos étnicos y culturales y afinidad política. Lo cierto es que las líneas de crédito obtenidas a través de esos convenios fueron las únicas fuentes bilaterales de ayuda para el desarrollo que el país obtuvo, después de mucho tiempo.

En cuanto a la relación con los Estados Unidos, es elocuente la opinión de uno de los *argentínólogos* más prestigiosos de ese país, cuya filiación ideológica dista mucho de ser considerada complaciente con el alfonsinismo. Dice Mark Falcoff:

En el caso de las relaciones Argentina-Estados Unidos durante el período de Alfonsín, debo decir que el todo fue mejor que la suma de sus partes. La verdad que por una variedad de razones la relación fue buena. Algunas de esas razones eran contextuales: tanto Reagan como Alfonsín se necesitaban mutuamente. Alfonsín necesitaba el apoyo de Reagan en el Banco Mundial y en el FMI; también necesitaba una señal inequívoca para sus propias fuerzas armadas, en el sentido que un golpe no sería apoyado por Washington. (La misma fue recibida en más de una ocasión, pero particularmente durante el levantamiento de Semana Santa). Por su parte, Reagan necesitaba demostrar su apoyo a Alfonsín de modo de ratificar los propósitos democráticos de sus políticas ante un Congreso, mayoritariamente demócrata, que veía con dudas las políticas de Reagan en otros países como El Salvador y Nicaragua. (Falcoff, 1992, pp. 204-205)

Desde la perspectiva de la Administración Reagan, la Argentina de Alfonsín no era, en absoluto, el más difícil o contencioso de los países latinoamericanos. La Argentina de Alfonsín coincidió cronológicamente con la Cuba de Fidel Castro, la Nicaragua sandinista, el Perú de Alan García (versión original), y el Panamá de Noriega, cualquiera de los cuales era mucho menos agradable para los Estados Unidos. En las Naciones Unidas y en los organismos internacionales, los diplomáticos norteamericanos debían, por lo general, enfrentar una

alianza cubano-nicaragüense-peruano-panameña, que frecuentemente incluía a México. Mientras Ecuador y Uruguay eran los países *favoritos* de la administración Reagan, la Argentina era considerada como, fundamentalmente, amistosa.

Durante el período de Alfonsín, las relaciones con Washington también se vieron beneficiadas por la presencia en Washington de un embajador verdaderamente extraordinario, Lucio García del Solar, quien comprendía con toda claridad cuáles eran los problemas de la relación bilateral y trabajaba concienzudamente para profundizar las coincidencias de intereses y minimizar las diferencias. De hecho, pocos embajadores latinoamericanos de esa época disfrutaban de un acceso tan amplio a los círculos más altos de la administración. Pocos, asimismo, lograron ampliar tanto las áreas de cooperación potencial entre ambos países. Parte de ello fue una cuestión de personalidad, pero, básicamente, fue profesionalismo y buena diplomacia.

En este sentido cabría mencionar que la imagen del canciller Caputo en el Departamento de Estado era la de un interlocutor serio, que gozaba de la confianza y respeto de sus colegas en Washington.

Amistad y respeto no significaban subordinación. Alfonsín cambió su discurso en los jardines de la Casa Blanca para responder las tesis de Reagan sobre la resolución del conflicto centroamericano; se negó a firmar el Tratado de No Proliferación; siguió adelante -a pesar de las presiones- con el Proyecto Cóndor, dio impulso a la investigación e industria nuclear argentina, vendió reactores al exterior y sin embargo logró que la Administración Reagan, en 1985, le vendiera agua pesada a la Comisión Nacional de Energía Atómica. En el tema Malvinas rehusó declarar el fin de las hostilidades en el Atlántico Sur; estableció acuerdos pesqueros con la Unión Soviética y Bulgaria y ejercitó diferentes mecanismos para reafirmar la soberanía argentina sobre las islas y el mar territorial, a la par que lograba el apoyo de la abrumadora mayoría de los países a la causa argentina, tanto en la Asamblea General de la ONU como en el Comité de Descolonización.

Un balance pormenorizado y final de la política exterior de Alfonsín, requeriría extender el análisis y excedería el propósito de esta nota. Baste decir que, bajo los condicionamientos externos e internos en que asumió el gobierno, logró reinsertar a la Argentina en el mundo en un marco de autonomía, dignidad, justicia y vocación indiscutible a favor de la paz y la equidad internacionales.

La paz con Chile, la integración con Brasil y más tarde con toda América del Sur, echando las bases del Mercosur, la posición en la controversia sobre Malvinas, la defensa del desarrollo nuclear

argentino, las acciones en materia de paz y desarme, el no alineamiento, las relaciones de respeto y confianza mutua, tanto con las grandes potencias como con el mundo en desarrollo, enlazan su gestión con las mejores tradiciones de la política exterior argentina.

No parece que, en las actuales circunstancias, fines de 2023, la conducta internacional de Argentina busque encontrar una legítima fuente de inspiración en la política exterior del gobierno de Raúl Alfonsín, honrando la vocación de democracia, paz e integración regional, cuyas bases ayudó a construir, con la misma pasión que movió todos los actos de su gobierno.

Los cambios en el contexto internacional desde 1989

Con la caída del muro de Berlín en 1989, se dijo que la URSS había colapsado, el comunismo había desaparecido y nacía un Nuevo Orden Internacional. Resumido en la célebre expresión de Francis Fukuyama (1989), “se trataba del fin de la historia”. El capitalismo y el libre mercado unificarían al mundo a través de la globalización y la democracia.

En el caso de Argentina y América Latina, la democracia, en menos de una década, desplazó al militarismo de la Guerra Fría y cubrió la geografía política regional. Sin la amenaza soviética y ante la impotencia de Cuba para exportar la revolución, el militarismo se constituyó en un lastre para los Estados Unidos. Entonces adoptaron una decisión de alcance hemisférico: restablecer la democracia, pero con predominio del mercado sobre el Estado. Dicho en otras palabras, una coexistencia de Estado y mercado, pero en busca de disminuir la presencia y participación del Estado o lo público y de expandir la esfera del mercado o lo privado. En una permanente subrogación de funciones públicas en actividades privatizadas.

Esta conflictiva coexistencia y competencia entre Estado y mercado pasó a ser la contradicción central de las nuevas democracias latinoamericanas. Esa conflictividad se resolvió, generalmente, en favor de las fuerzas del mercado, pero ya no a través del golpe militar clásico, sino a través del golpe *soft* o blando. El conflicto de poderes apoyado desde los medios de comunicación masiva, permitía desplazar a los poderes ejecutivos populares a través del congreso o del poder judicial, asociados siempre al *establishment* económico-financiero.

Ello explica que los 40 años de democracia en Argentina, no hayan podido superar la lógica pendular en lo político, económico y social que ha caracterizado al país tanto en lo interno como en lo internacional. Es

lo que el primer canciller de la nueva democracia Dante Caputo (2015) llamó "El péndulo Austral", entre el populismo y el establishment, en un libro homónimo.

En los 33 años transcurridos entre la caída del Muro de Berlín y la actualidad, el mundo ha sido sacudido por muchos problemas. La gran crisis financiera de 2008-2009, originada en Wall Street y que se expandió rápidamente por el mundo, costó a los gobiernos, es decir a los pueblos, 12 billones de dólares destinados a salvar al sistema financiero internacional, a los bancos. La deuda mundial se duplicó, ahora asciende a 307 billones de dólares. El neoliberalismo ha instituido recortes presupuestarios que afectaron especialmente la seguridad social, la educación y la salud, mientras la concentración del ingreso a escala mundial aumentó incrementalmente (Moniz Bandeira, 2020).

Todo ello ha generado una cultura de la competencia, el individualismo y la pérdida de valores, una cultura de la avaricia, la codicia, la incertidumbre y el miedo. La inmigración se ha constituido en el chivo emisario de todos los males, acrecentando el racismo y la discriminación. Se expandieron las drogas y el crimen, principalmente el femicidio, y los mismos líderes que niegan el cambio climático se han convertido en los guardianes de la religión y el olvido de los derechos humanos, promulgando leyes restrictivas, para captar el voto de una ciudadanía que abjura de la política. En las últimas tres décadas, los sindicatos han perdido poder de negociación e influencia y el sistema laboral ha sido invadido por los empleos precarios, la flexibilización y el desempleo encubierto. Algunos historiadores ven, en las últimas décadas, que los motores de la historia son la codicia y el miedo. Peor aún, la polarización de las sociedades ha naturalizado el discurso del odio. Si bien se han hecho progresos en el terreno tecnológico, la sociedad digital de los flujos financieros y las redes se ha convertido en un nuevo descenso en la historia de la humanidad, que conspira contra la democracia y la solidaridad humana (Olier, 2016).

Hay dos estandartes que la modernidad parecía haber superado como motores de la historia. Uno de ellos es "en nombre de Dios". Si bien esto remite inmediatamente a ISIS y Al Qaeda, este blasón está también en las bases ideológicas de la extrema derecha occidental, en Trump, Salvini, Orbán, Bolsonaro, Kacynsky y Milei. Con una Biblia en la mano, el teólogo Juan José Tamayo ha llamado a los políticos a una alianza cristiano-neofascista contra el paganismo proveniente de Europa. Recuérdese cómo después del golpe del ejército que derrocó a

Evo Morales, la nueva presidente de Bolivia Janine Añez y sus partidarios llevaban la Biblia en sus manos en cada acto público.

La extrema derecha se ha expandido en Europa y ya tiene una cabeza de puente en América Latina con Milei, quien se apoya en las “fuerzas del cielo”, y se identifica con el judaísmo ortodoxo del grupo Jabad Lubavitch. En España, Vox, el partido de la extrema derecha creado hace solo cuatro años, tiene 52 escaños en el parlamento y es el tercer partido más numeroso, como AFD en Alemania. El partido de Salvini en Italia se ha convertido en el número uno y ha nombrado a Melloni como primera ministra. El gran frente conservador contra el Papa Francisco de la Iglesia Católica, que también quiere salvar tradiciones, apunta a una teología que respalde el resurgimiento de la derecha extrema.

El otro estandarte de extrema derecha es la bandera “en nombre de la Nación”. Los mejores ejemplos de esta corriente nacionalista-religiosa son Benjamín Netanyahu, al dictar una ley que establece como requisito para la ciudadanía israelí el ser judío; Narendra Modi en la India, que trata de privar a los islámicos -170 millones- de la ciudadanía india; y el trato discriminatorio del gobierno de Myanmar a un millón de rohingyas. Todos estos casos unen a la religión con la lucha contra las minorías y a las diferentes religiones en nombre de la nación. China ha lanzado una campaña que persigue a las minorías uigures musulmanas. Esta es la misma estrategia que usa Trump al clamar por la reconstrucción del *sueño americano*. Estados Unidos no tiene aliados permanentes, y cualquiera que gane dinero en el comercio con Estados Unidos es un adversario, ya sea Canadá, Alemania o China. *America First* quiere decir en realidad *Solo América*.

Las divisas “en nombre de Dios” y “en nombre de la Nación” suelen superponerse. En las últimas décadas, ha aparecido otra bandera de guerra de la ultraderecha: “en nombre del dinero”, con una gran audiencia. También, en las últimas tres décadas, se ha generalizado la corrupción como un contravalor universal (Hasting, 2020).

Conclusiones sobre el debilitamiento de la democracia

Es útil volver sobre la hipótesis de trabajo de partida: "es imposible la coexistencia en el largo plazo de la democracia, con procesos económicos que acentúan las desigualdades, promueven la exclusión social y fomentan la marginación política". En este sentido, puede concluirse que en el período de la postguerra fría (1989) hasta el presente -finales de 2023-, las democracias experimentaron un

creciente debilitamiento y una emergencia de autocracias de derecha, producto, en buena medida, de la aplicación de políticas económicas neoliberales. Ello hace que los mercados expandan su poder e influencia a costa del traspaso de funciones que, tradicionalmente, ejercía el estado por su carácter de servicios públicos que, como se ha visto, se transfieren al sector privado.

Freedom House, una fundación conservadora de Estados Unidos, sostiene que desde 2006 un total de 133 países han vivido una disminución neta de sus niveles de vida y libertad, mientras que sólo 62 registraron alguna mejoría. *The Economist* afirma que la democracia se estancó entre 2018 y 2022, por causa de la pandemia de COVID19, después de cuatro años consecutivos de deterioro provocados por la crisis financiera 2008-2009. De los 62 países que hicieron la transición de gobiernos autoritarios a regímenes democráticos en los últimos 20 años del siglo XX, la mitad de ellos han experimentado un estancamiento en su proceso de democratización o incluso, han visto tambalear sus regímenes. *Transparencia Internacional* publicó un informe donde muestra cómo la corrupción económica ha aumentado en las últimas tres décadas, después de la campaña “la codicia es buena”. En la medida en que el mercado fue sustituyendo al hombre como centro de la sociedad, la corrupción que se genera en el sector privado va invadiendo al sector público y se naturaliza. Una señal de hasta qué punto el mundo ha perdido la brújula moral (cit. en Chomsky y Herman, 2023).

Otro elemento que ha debilitado la democracia es la propagación del discurso antipolítico. Se da la paradoja que, mientras la inmensa mayoría de la gente se asume como amante de la democracia, la libertad y los derechos humanos, existe un profundo desprestigio y condena hacia la política y los políticos. Ello ha provocado la emergencia de *outsiders* que se aventuran al gobierno de los países pretendiendo sustituir la política por el *management*. Confunden el bien común con la gestión eficiente de los recursos financieros y “humanos”, equiparan al trabajo con una mercancía.

Hay dos entornos fundamentales de la humanidad que están en peligro. Uno es el entorno natural, el otro es el entorno político. Las condiciones de vida en el planeta están empeorando dramáticamente. El mundo sólo tiene esta década para tratar de revertir las tendencias del cambio climático, ya sea natural o provocado por el hombre. Entonces la pregunta es: ¿cuánto tiempo hay para proteger el entorno político, que dirige la vida económica, social y cultural, antes de que caiga también en un declive irreversible?

Los enemigos de la lucha por defender el entorno natural son también los enemigos del entorno político de la democracia. No les importa si se destruye el primero, porque están vinculados con grandes corporaciones: compañías de gas y petróleo o empresas agrícolas que quieren apoderarse de la tierra -como en el caso de Argentina y del Brasil con la Amazonia-, o compañías que explotan el carbón como en Polonia y Australia. Para ello deben cambiar las regulaciones del entorno político a favor suyo y de las corporaciones cuyas actividades promueven. Orbán en Hungría, Bolsonaro en Brasil, Trump en Estados Unidos, hasta Salvini en Italia y Milei en Argentina se titulan *soberanistas*, y no admiten la prevalencia de ninguna norma o tratado internacional que impida la deforestación o cualquier daño a los recursos naturales en nombre de la salud, la paz mundial ni la justicia social, valores que desprecian y combaten.

La democracia está en peligro por las mismas razones que el medio ambiente está en peligro. ¿Sería hoy posible crear las Naciones Unidas o firmar la Declaración Universal de los Derechos Humanos? Indudablemente no. En la misma medida que el negacionismo no tiene voluntad para luchar contra el cambio climático. Ésta será una década decisiva. Es necesario tomar decisiones de cómo enfrentar dos problemas existenciales: cómo permanecer en este entorno natural y cómo vivir juntos. Todo ello será decidido por los votantes. Y esto plantea un problema: ¿es legítimo creer que el fascismo, las derechas extremas, el nacionalismo xenófobo sean la respuesta a estos problemas? La especie humana debe aprender de sus errores como hacen los animales. Y debería haber aprendido de las dos guerras mundiales que esas ideologías no son la solución sino las causas de las guerras y la confrontación.

Una conclusión final. Steven Pinker, científico cognitivo canadiense, escribió en *The Economist* que en los últimos años los humanos se han vuelto más saludables, viven más, son más seguros, más solventes, más inteligentes y educados. Esta tendencia debiera continuar. Pero los humanos han evolucionado sobre bases materiales, porque se han concentrado en las ventajas de la reproducción, la supervivencia y el crecimiento material, dejando de lado la evolución espiritual, la sabiduría y la felicidad.

Para tener futuro es urgente reconciliar el progreso con la naturaleza humana. Conjugar las habilidades cognitivas y también la capacidad de cooperar y ser solidarios, a diferencia de los animales. Entre la etapa de la Ilustración y la Segunda Guerra Mundial la humanidad hizo gigantescos avances. Estos se centraron en las ciencias, la tecnología,

la democracia, los derechos humanos, la información libre, las reglas del mercado y la creación de instituciones para coordinar el sistema internacional. Para Pinker esta tendencia no se puede detener.

Es posible que al finalizar esta tercera década del siglo XXI, pueda saberse si todo esto está incorporado a los genes humanos o si se trata de un *corsi e ricorsi* de los muchos que ha experimentado la historia de la humanidad.

Listado de referencias

Caputo, D. (6 de febrero de 1986). *Conferencia sobre Desarme*. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Dirección General de Prensa.

Caputo, D. (1986). *Treinta Meses de Política Exterior Argentina*. Universidad de Buenos Aires, Carrera de Ciencia Política, 5.

Caputo, D. (2015). *Un Péndulo Austral. Argentina entre el populismo y el establishment*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 11.

Chomsky, N. ; Herman, E. S. (2023). *Los Guardianes de la Libertad*. Barcelona: Planeta.

Falkoff, M. (octubre de 1992). *La Política Exterior Argentina en el Nuevo Orden Mundial*. Buenos Aires: GEL-FLACSO, 204-205.

Ferrari Etcheberry, A. (2019). Mercosur: Presente y Futuro. *Diálogos*. Santiago de Chile, Comisión Sudamericana de Defensa.

Fukuyama, F. (1989). The End of History?. *The National Interest*, 16, 3-18.

Hasting, M. (2020). *La Guerra Secreta*. Barcelona: Planeta.

Jaguaribe, H. (noviembre de 1987). La integración Argentina-Brasil. *Integración Latinoamericana*, 129, 4.

Moniz Bandeira, L. A. (2020). *A Desordem Mundial*. Río de Janeiro: Civilizacao Brasileira.

Olier, E. (2016). *Los Ejes del Poder Económico*. Barcelona: Pearson.

The institute of International Finance (IIF) (noviembre 2023). *Global Debt Monitor*.